**Domingo 6º del T.O. (11.02.2018): Marcos 1,40-45.**

***“Extendió su mano, le tocó… Y quedó limpio”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Con el relato de la curación de un leproso se concluye en el llamado Evangelio de Marcos la primera etapa de la evangelización que Jesús realiza en la región de Galilea. Esta evangelización la ha realizado en tres escenarios muy particulares y bien definidos: a orillas del **mar**, en la **sinagoga** y en una **casa** (1,14-34). Ante esta buena noticia que nace de las decisiones que toma Jesús, sus seguidores desean proclamarlo Mesías Rey (1,35-39).

Sin embargo, este Jesús de Nazaret sorprende a todos. Rechaza esa pretensión de ser el Ungido, Mesías o Consagrado por Dios y decide sembrar-evangelizar su nueva noticia buena en cada rincón de la Galilea. Y esta noticia que es su evangelio parece ser que sólo la ha comprendido un leproso: *“Se le acerca un leproso y le suplica de rodillas: si quieres, puedes limpiarme”* (1,40).

Este leproso queda curado, porque ha oído la evangelización de Jesús y se ha fiado de él y se ha acercado a él hasta hablarle y, sobre todo, sentirse tocado por él. Ha comprendido la buena noticia evangelizadora de Jesús y decide dedicarse a evangelizar como lo hacía el propio Jesús, un judío laico y galileo como él mismo: *“Se puso a pregonar con entusiasmo la noticia, de manera que Jesús ya no podía presentarse en público en ninguna ciudad…”* (1,45).

Se marchó el leproso curado a evangelizar por su propia cuenta. Desde entonces, Jesús y cuantas personas le seguían tenían que quedarse fuera de las ciudades en lugares solitarios. Pero muy curiosamente, dice la mano narradora de los acontecimientos, *“la gente acudía a él de todas partes”* (1,45). Entre el leproso y Jesús, ¿quedó algún lugar galileo sin evangelización?

La continuación de esta actividad evangelizadora de Jesús prosigue en el relato del segundo capítulo del Evangelio donde descubrimos una flagrante contradicción con lo que acabamos de leer: *“Jesús entró de nuevo en Cafarnaum y se corrió la voz de que estaba en casa”* (2,1). Pero este texto del capítulo segundo de Marcos no se nos leerá en ningún domingo de este año. ¿Y no nos dijo esta iglesia que leeríamos en su santa misa eucarística el Evangelio de Marcos?

Me digo, en el silencio de mis neuronas, que aquel enfermo de lepra de los tiempos de Jesús se me está haciendo presente en esta propuesta eclesiástica que nos invita a meditar de forma leprosa la primera narración de la buena noticia que fue Jesús de Nazaret. Eminencias de la liturgia, ¿por qué en sus misas no podemos leer este llamado Evangelio de Marcos de manera seguida y completo? ¿Acaso posee esta narración textos sanos y textos enfermos… ¡de lepra!?

¿Curó verdaderamente Jesús a un ‘leproso de lepra’ con solo tocarlo? ¿No necesitó otro medicamento químico que el poder de su identidad de ser superior, divino o dios? ¿Puede una persona como tú o como yo acceder a estos poderes de la curación de la enfermedad? ¿Aquella lepra de entonces no sería hoy la maldición del cáncer? ¿Quién y cómo ha pecado un ser humano para verse castigado por un Dios con tales enfermedades de antes y de ahora? He vuelto a leer el largo capítulo decimocuarto del Levítico y he comprendido cómo Jesús se acercó al leproso y le abrazó con tal ternura que éste se sintió todo limpio y sano: ¡Un milagro!

**Domingo 11º de Lucas (11.02.2018): Lucas 3,21-38**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

Espero que todo lector de este comentario de Lucas 3,21-38 se lea en este momento el relato en su propia Biblia… Puntos suspensivos y silencio mientras se lee…

Leído el texto, pregunto: ¿Alguien puede creerse que este Evangelista pudo rastrear uno a uno, y con su nombre propio, todos los antecesores paternos de su Jesús de Nazaret? He contado los nombres de estos hombres y padres tres veces y me han salido setenta y siete. ¿Pura curiosidad del número 77? Voy a citarlos, según el texto, de esta manera: *“Según se creía, Jesús era hijo de José…, hijo de David…, hijo de Abraham…, hijo de Adán e hijo de Dios”*.

Dicho de forma muy abreviada: **Jesús era hijo de José, de Adán y de Dios**. Así de sencillo. Y así se comprende bastante mejor lo que ya nos dijo este Evangelista en 1,26-38. ¿Acaso sería blasfemo decir que también tú y yo y todos los seres humanos podemos decir esto mismo que dice Lucas del judío Jesús? Todos somos hijos de un padre… de Adán y de Dios. ¿Él es el único?

Y por relacionar y tratar de precisar los datos de estos relatos de la infancia de Jesús sugiero que se lea sin prisas el texto de Mateo 1,1-17. Se constatará que son dos listas de paternidades muy distintas. Es más, el padre de José en ambas listas genealógicas es distinto y no será porque José tuviera dos padres biológicos (Helí, según Lucas; y Jacob, según Mateo). ¡Curioso! Otro dato: en Mateo se citan nombres de mujeres y de madres. En Lucas, sólo leemos padres.

Otro dato más: Mateo abre su Evangelio con la genealogía de Jesús. ¿Tenía demasiada prisa por asegurar que su Jesús de Nazaret era judío, judío, judío? En cambio, Lucas nos ha regalado la curiosa genealogía de su Jesús cuando éste tiene ya alrededor de treinta años y después de haberse bautizado con Juan el bautizador (3,23). ¿Qué fue de este Jesús, amigo Lucas, desde sus doce hasta sus treinta años? ¿Por qué ninguno de los cuatro tan lúcidos Evangelistas nos ha dicho nada de estos años?

Después de todo esto, hablemos de ‘el bautismo de Jesús’ (3,21-22). Entre la gente que va a bautizarse con Juan en el Jordán va el propio Jesús, dice este Evangelista. Uno cualquiera entre tantos. Un pecador más entre quienes se sienten pecadores. En este encuentro nada se dicen Juan y Jesús. No sabemos si se hablaron, si se miraron, si se abrazaron. ¿Acaso no eran primos?

*“Bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo…”*  (3,21). Nada dice este Evangelio de cómo fue el bautismo de Jesús ni de los ritos y palabras que usaba aquel Bautizador para bautizar. Tampoco se nos dice nada de la oración de Jesús. ¿Era de pie, sentado o de rodillas? ¿De tres salmos, dos o ninguno? ¿Pedía o agradecía? Nada sabemos.

Sí se nos dice, en cambio, lo más importante: **‘se abrió el cielo’**. Si se abre será porque estaba cerrado. Y seguramente tras de la puerta, en el más allá, ¿estaba Yavé Dios con todos los dioses de los que hablaban los hombres de todos los pueblos y religiones? Se abrió el cielo y desde entonces quien allí hubiera o hubiese abandonó su cielo y empezó a vivir como uno más entre los humanos hecho **aire** (espíritu, pneuma, vendaval, susurro). ¿El aire es vida? ¿Es Dios?